



¿Es posible un Obama mexicano?

Escuché el martes en la radio una inteligente conversación en torno a esta pregunta: ¿podría darse un Obama en México?

Preguntaba Salvador Camarena en la tercera emisión de *Hoy por Hoy* de WRadio y contestaban el director de Consulta Mitofsky, Roy Campos, y Elia Avendaño, especialista en cuestiones indígenas.

Dijeron cosas muy serias y claras respecto de la discriminación, el racismo y el clasismo realmente existente en nuestro país, más elaborados pero no más contundentes, acaso sólo más hipócritas, que el racismo y la discriminación estadounidenses.

Volvía la pregunta y volvían las respuestas: ¿podría un indígena ser Presidente de México en las actuales condiciones? No, no podría. Sería más fácil para una mujer, aunque a la mujer, dijo Roy Campos, le costaría, como le cuesta, el doble de esfuerzo llegar al mismo lugar que un hombre.

Pero para un indígena sería todavía más difícil que para una mujer y más difícil también que para un homosexual. Una sociedad racista y discriminatoria como la mexicana no podría elegir presidente a un indígena, como la sociedad racista estadounidense pudo elegir a un negro.

Sin negar uno solo de los argumentos que había escuchado pensé entonces, instintivamente: "Depende del indígena". Estuve a punto

de marcar para compartirles mi ocurrencia, pero no lo hice y la comparto aquí:

El equivalente racial y cultural de Obama no sería para empezar un indígena puro, marginado, pobre y monolingüe, sino un mestizo de padre indígena y madre blanca, con un talento fuera de serie, educado con honores en las mejores universidades de su país, orador deslumbrante y político que arrebatara multitudes.

Ese indígena/mestizo no sólo podría ser Presidente de México, sino que sería entre nosotros, y en cualquier país de América Latina, una novedad tan irresistible como resultó el mulato Obama —no exactamente un afroamericano, ni racial ni culturalmente— para los electores de Estados Unidos.

Un Obama mexicano no sólo sería posible sino que acabaría volviéndose un fenómeno: un Obama. Nada de lo cual terminaría con nuestro racismo, nuestra discriminación y nuestro clasismo, como probablemente la elección de Obama no terminará con el racismo de la democracia más vieja y más joven del mundo.

Dicho esto, confieso que me abrumó todo el día de ayer el contraste salvaje entre la fiesta política de Obama, fiesta de la esperanza, de la promesa, y el asalto de pesimismo en los mercados de valores que recibieron al nuevo presidente con un apunte de velorio. **M**

acamin@mlenio.com

